

erebro. El nervio auditivo puede ser atrofado, o bien la mandíbula fracturada, el oído interno y destruido, y el individuo queda sordomudo para toda la vida. Puede ocurrirse de modo que no vuelva a ser inteligente, ni tragar. Las repercusiones del choque pueden ser una ceguera, jaquecas enloquecedoras, convulsiones, mareos, parálisis parciales o de determinado miembro—pero, de modo que durante todo el tiempo puede ser larga, la víctima se acostada y luchando por respirar. Muere por esto inmediatamente. El sistema nervioso se agota algún tiempo y ataca la parálisis, produciendo pérdida de la coordinación física o cualquier otra deficiencia rápida y aparente no significativa. Los nervios hayan olvidado todo

as que hacen a la gente dudar más morir que quedar lisiado. Las deficiencias secundarias que en los casos de accidentes, no es preciso ser médico para reconocerlas. Ocurre cuando el sostén de la vida se intermite para toda la vida; cuando una persona se turba con la sospecha de que puede ser capaz de su rostro no pueden ser reconocidos; cuando un hijo único muere, la condición permanente de idiota, o cuando a su padre le gustaba ir de cacería, se lo manejaba.

Quiénes han perdido en esas circunstancias o contra el azar, no se hacen los muertos van a dar al sepul-

cro. Los muertos-vivos se ocultan en manicomios y en hospitales de incurables. Y las mujeres con el rostro mutilado sin remedio, tienen buen cuidado de no exhibirse.

De *Síntesis*, de México.

Crónicas de Domingo Ramos

Viaje a Costa Rica

(Continuación)

Consagración del Sr. Thiel.

Al Seminario le tocó desempeñar el coro el día de la consagración de Monseñor Thiel.

Para esa fiesta compuso Monestel un *Ecce Sacerdos* que debíamos cantar cuando los sacerdotes desfilan delante del nuevo Obispo ya consagrado, para besarle el anillo.

Tenía un solo con notas altísimas, pues a Monestel le gustaba saber hasta donde podía yo subir la voz.

Como a los coristas nos tocó cantar no sólo la misa sino las letanías mayores, yo estaba cansadísimo cuando llegó la hora de cantar el *Ecce Sacerdos*. Entonaron los seminaristas el canto, y cuando llegó el solo, pude cantarlo, pero haciendo un esfuerzo supremo. Terminó el canto y no habían desfilado ni la mitad de los sacerdotes presentes, y se dijo que teníamos que repetirlo; yo le dije al maestro de capilla de la Catedral que tocaba el órgano y era español: (1)

(1) Don Eladio Osma.